

LA MADRE DE FAMILIA.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.
CON LA
aprobacion eclesiástica,
y bajo la direccion
DE
E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, seccion
doctrinal, y cuanto
juzguemos á propósi-
to para la instruccion
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sal-
dra los dias 8, 14, 23 y
30 de cada mes, y cons-
tará de ocho paginas
en igual tamaño al de
este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
cion de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos, prefirién-
dose siempre, donde
las haya, las letras del
Giro mútuo.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre,
pueblo de su residén-
cia y provincia á que
pertenecen.

14 de Marzo de 1879. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 42.

SUMARIO.

Las mujeres y las joyas, por D.^a Concepcion Gimeno.—
A mi querido padrino el Sr. D. Anastasio Prieto,
poesia por D.^a Maria Hurtado.—Lea, ó la Cruz triun-
fante, por Matilde Bourdon.—Balada, por R. A. y G.
Seccion doctrinal por D.^a Enriqueta Lozano de Vil-
chez,

LAS MUJERES Y LAS JOYAS.

(CONCLUSION.)

La esmeralda que tanto seduce generalmente
y que era conocida en la antigüedad con el nom-
bre de *smaragdus*, no es segun la ciencia, mas
que silicato doble de alúmina y glucina; el dia-
mante, carbonato cristalizado; el rubí, un poco
de alúmina; la turquesa, fosfato de alúmina te-

nido por el óxido de cobre, y así todas las otras.
El diamante fosforece en la oscuridad y su du-
reza es la mayor de todos los cuerpos; á ella de-
be su nombre que significa indomable.

Los diamantes de mucho grueso son raros,
por eso gozan de gran celebridad los siguientes:
el del emperador del Mogol, que pesa 279 quila-
tes, y está valuado en 48 millones de reales; el
de la emperatriz de Rusia, que pesa 103 quila-
tes y costó unos 9 millones de reales; el del em-
perador de Austria, que es amarillo, pesa 139
quilates y está calculado en 10 millones de rea-
les; el perteneciente á Francia, conocido con el
nombre de Regente, por haber sido comprado
durante la regencia del duque de Orleans, cos-
tó 13 millones de reales, pero vale doble á causa
de su talla, en cuyo trabajo se invirtieron dos
años.

El primer diamante que se tallo fué usado por Carlos el Temerario, que lo perdió en una batalla. Dicho brillante pertenece hoy al emperador de Austria.

La primera perla célebre de que habla la historia, es la que Julio César dió á Servilia, hermana de Catón de Útica.

Calculan que costó seis mil sextercios, unos cinco millones de rs.

Las romanas usaron muchos las perlas; se generalizaron tanto, que con ellas se bordaban las túnicas, los velos, los mantos y coturnos. También se incrustaron en muebles y vajillas.

Pompeyo entró triunfante en Roma con treinta coronas de perlas á sus piés; y una vez conquistada Alejandría y hecho mas general su comercio, acabaron Calígula y Neron por cuajar de perlas sus vestidos y hasta los arreos de sus caballos.

Las mas bellas esmeraldas de cuantas se conocen son dos: una se halla en la tiara del Sumo Pontífice en Roma y la otra en San Petersburgo.

Los griegos y los romanos imitaban admirablemente la turquesa con el esmalte azul.

Una de las mejores industrias del Tirol, de Hungría y de Bohemia, consiste en el granate que se halla en diversas rocas de cristalización y en los terrenos volcánicos.

Los terrenos diamantinos se encontraron en los alrededores de Golconda, de Bengala y de Borneo. Las minas del Brasil, que se descubrieron en el siglo XVII, abastecen todo el comercio de Europa.

El gusto hácia los adornos se remonta á la mas completa antigüedad: en la época del reno, en la edad de piedra, en medio de la existencia precaria que arrastraban los hombres, se fabricaban collares, brazaletes, y pendientes con conchas que horadaban por el centro y con dientes de animales que agujereaban con el mismo objeto.

La parte córnea de los huesos de la oreja del buey y del caballo se empleaba para objetos de adorno.

En la época de bronce, en las estaciones lacustres de Suiza, se encontraron á centenares en diferentes lagos, alfileres para los cabellos: lo mas curioso es la variedad de ellos. Los hay de cabeza redonda, de cabeza plana ó cilíndrica, y otras terminan en espiral, sosteniendo una argolla móvil. En la Exposición de 1867 se admiraron algunos de estos alfileres, que habian sido

pnidos de nuevo y que pertenecieron á la colección enviada por el señor Desor. Eran tan elegantes, que nuestras damas pudieran haberse adornado con ellos, á pesar de que se remontan á millares de años.

En las ruinas de algunas tumbas se han hallado collares de bronce, y de este metal se hicieron los primeros brazaletes. Muchos de estos han aparecido en los lagos de Suiza. Son muy variados en su forma, artísticamente trabajados y adornados de dibujos.

Las aplicaciones de las piedras para adorno del bello sexo han sido muy distintas. Á los irqueses les parece muy elegante que las mujeres lleven perlas colgadas en la nariz, y las jóvenes albanesas han llevado los cabellos cargados de medallas de plata y piedras resplandecientes.

Podemos usar adornos sin abusar de ellos: una joya sencilla es elegante, pero muchas reunidas demuestran mal gusto.

Sobre todo, vénzase la desmesurada afición de las mujeres al lujo, pues esta afición ha sido la decadencia de las mas brillantes épocas y la ruina de los imperios.

Mientras la mujer se deje arrastrar por la pasión al lujo, no brillarán en el siglo XIX, Helenas, Penélopes, Rebecas, Lucrecias, Virginias, Cornelias, Juanas de Arco, Déboras, Sevignés, Rolland, Carlota Corday y Lucilas Desmoulins.

Recuerden las mujeres que Erífiles, esposa del Divino Anfiarao, seducida por el regalo de un collar de oro, descubrió el sitio en que se habia ocultado su marido, para no verse obligado á ir á la guerra de Tebas, donde habia predicho que perecería.

En todas épocas ha tenido la mujer gran amor á las joyas, pues Isaías para amenazar á las hijas de Jerusalem les dijo: «perdereis vuestros pendientes, vuestros collares, vuestras sortijas y vuestros velos.»

No consideremos nosotras esta pérdida como castigo, porque sería muy censurable conceder á lo que nada vale, tan altísima importancia.

CONCEPCION GIMENO.

A MI QUERIDO PADRINO
EL SEÑOR DON ANASTASIO PRIETO,

UN RECUEROO DE CANDOR.

*En un valle perfumado
se encuentra una joven pura
en cuya frente la albura
se pinta del corazón,
y sonriendo se ocupa
en dibujar la azucena,
casta flor de encantos llena
que distingue su ambición.*

*Flor hermosa, blanca y pura,
cándida, bella, inocente,
vaporosa y sonriente
cual el sueño del amor;
flor que brilla entre las flores
por su túnica nevada,
cual la estrella plateada
brilla con blanco fulgor.*

*Al pie de la flor hermosa
escribe una poesía
á cuyo fin se leía,
«una ofrenda de candor;»
dádiva que yo dedico
como de mi amor los lazos,
al que me condujo en brazos
hasta el templo del Señor.*

*Mas al instante con pena,
sobre su falda nevada
su bella pluma dorada
abandonada cayó;
—¡ay! que no tengo, se dijo,
á quien dar mi tierna ofrenda,
Ni quien mi anhelo comprenda
ante mi nunció cruzó.*

*Y el ser á quien la dedico
es por mí desconocido,
y está para mí perdido
del mundo en el ancho mar,
y jamás en la carrera
que me deparó el destino
pude verle en mi camino
ni ante mi paso cruzar.*

*Y sin embargo le amo
cual la rosa su belleza,
como el ángel la pureza,
como Dios la caridad;
y le amo cual las aves
aman su tranquilo nido,
y cual ama un ser herido
por el error, la verdad.*

*Y le quiero cual las flores
aman su cáliz luciente,
y cual la límpida fuente
ama su fino cristal,
y cual el alba risueña
ama de nacar sus velos,
orlando los anchos cielos
con sus ondas de coral.*

*Y he preguntado á las aves
que se agitan sobre el viento
por si mi triste tormento
podían ellas calmar,
mas en vano, porque nunca
una respuesta me dieron,
y en el éter se envolvieron
en su incesante girar.—*

*Calló la niña y entonces
sobre su pecho latente
su cándida y pura frente
con desaliento inclinó;
y entre tanto un caballero
de porte noble y airoso,
sobre caballo brioso
hasta su lado llegó.*

*—No temas, dijo, que ahora
turbe tu paz mi presencia,
blanca luz de la inocencia,
herida y doliente flor,
que cual tú busco también
á una joven inocente
que conduje ante la fuente
del primitivo candor.*

*Di si quizá del que buscas,
sin que mi anhelo te asombre,
¿puedes revelarme el nombre?—
—Escrito le tengo aquí.—
Y tomando una azucena
que la niña le dejara,
con letras de oro encontrara
su nombre grabado allí.*

—¡Oh! pues termina, hija mía,
de verter amargo llanto
porque tu tierno quebranto
toca á su término ya.

—¿Pues cómo?—Soy el que buscas
en tu doliente carrera,
y tú la flor placentera
que mi afán buscando va.

—Pues deja, deja, te ruego
que bese tu noble mano
ya que mi sueño no es vano,
ya que es sincero mi amor,
ya que tú me condujiste
del bautismo ante la fuente,
ya que tú sobre mi frente
pusiste una blanca flor.

*Y acepta en esta azucena
la sencilla poesta
que te dedico este día
cual recuerdo de candor,
y piensa que entre su cáliz
de marfil y terciopelo
tu nombre existe en el velo
de mi puro y santo amor.*

MARÍA HURTADO.

S. Vicente de Munilla.

LEA, Ó LA CRUZ TRIUNFANTE.

(CONTINUACION.)

V.

LA MUERTE.

En la noche de aquel mismo día LEA se hallaba sola con su abuelo. Hilaba una lana de ámbar, destinada en su secreto pensamiento á formar un día el velo de sus esponsales, mientras su abuelo con un volumen de Aulo Gelio en la mano y la cabeza inclinada sobre el papel, estaba sin leer y parecía sumergido en una profunda meditación. la frente serena y la mirada dulce y tranquila de la jóven, formaban cierto contraste con el aspecto del anciano, naturalmente severo, y que ahora parecía cargado de cuidados. La palidez de su rostro era mayor que de costumbre:

muchas veces su nieta intentó hablarle, haciendo girar la conversacion sobre los asuntos que le eran mas gratos; pero apenas contestaba, reinando luego el mayor silencio.

Un esclavo entró la lámpara; comenzaba entonces una larga velada de otoño, y á lo lejos se oía la confusa gritería del pueblo. Esta llamó por fin la atención de Valerio, que dijo:

—¿Es señal de que ha concluido la vendimia, la fiesta de Baco? Me parece que oigo cantar...

Interrumpióle el sonido de una trompeta: apagose todo rumor, y una voz fuerte, la voz del heraldo anunció el decreto de Constantino concediendo libertad al culto cristiano. Sus palabras, breves y claras, llegaron á oídos de Valerio, que se levantó con pié inseguro, mientras un inmenso clamor resonó en la calle:

—¡Larga vida al Emperador! ¡Déle el Cristo la victorial!

Valerio entonces extendió los brazos en el vacío. Su nieta acudió á sostenerle. Un débil carmin cubrió su rostro, tan pálido un momento antes; quiso hablar... sus labios balbucearon algunos sonidos inarticulados, y apoyándose en el hombro de LEA, se inclinó, enderezóse un poco y cayó sin conocimiento. Una hora despues aun no habia recobrado sus sentidos; su corazón latia apenas bajo la mano del medico: LEA, de rodillas y anegada en llanto, aguardaba una señal de existencia, una palabra, un gesto: y espantada por aquella inmovilidad, semejante poco menos que á la del sepulcro, dijo en fin al médico:

—¿Hay esperanza?

El médico, meneando la cabeza, respondió:

—Los socorros no han producido efecto; la vena ha fluido sangre... probare algún otro recurso... pero confio poco, pues una fuerte conmoción le ha trastornado el cerebro.

Los perfumes y una sangría reanimaron una chispa de vida en aquel cuerpo inerme. Valerio abrió los ojos, y echó en torno suyo una mirada vaga. LEA le besó la mano y se anunció dulcemente, pero el pareció no oirla: lo que en él restaba de inteligencia, de sentimiento, de voluntad, no obraba sino bajo una última impresion, bajo una emoción suprema que vibraban todavía en medio de los órganos moribundos; desapareció de su memoria todo otro recuerdo, y con voz trémula y con tono de exasperación dijo:

—¡Los cristianos victoriosos!... ¿y los edictos de los Emperadores?... Todos han perseguido la secta impura; todos, Trajano, Marco Aurelio, el mas dulce, el mas clemente de los hombres han tenido horror al nombre cristiano! ¡Los cristianos á los leones!...

Interrumpiose, y miró adelante con una expresión tal que parecía dar á aquel rostro agonizante el aspecto de una máscara trágica:

—¿Tú también! ¡tú también!... ¡Con que tú eres de los suyos!... ¡Pues bien! ¡muere como ellos! ¡los cristianos á las fieras!

—Padre mio, exclamó LEA, calmaos, no soy cristiana, soy vuestra hija, vuestra LEA, vuestra obediente LEA...

—Dioses infernales, diosas de cabellos de víboras, perros ladradores, yo os entrego á los cristianos! ¡No haya piedad para los sectarios del Cristo!

Estremeciéndose á estas palabras, y con voz apagada dijo, haciendo con las manos un débil gesto.

—¿Por qué me muestras tus miembros ensangrentados? Y tú, mujer, ¿por que me miras desde el fondo de las llamas?... ¡Confesar á Jesús! ¡yo! ¡jamás! ¡los cristianos á los...

No pudo concluir, y cayó sin vida sobre el lecho. Despuntaba la aurora, y voces armoniosas y fuertes rompieron de nuevo el aire: eran los cristianos que cantaban el himno triunfal sobre la caída de Babilonia, y los transportes de su alegría se manifestaban en sus acentos elevados.

«El Señor á roto el cetro de los impíos y la vara de los crueles dominadores,

«Ha derribado al que hería á los pueblos en su furor, al que hería sin descanso, al que perseguía las naciones en su cólera.

«Ahora toda la tierra está en reposo y en paz, y lanza gritos de alegría.

«Los abetos y cedros del Líbano se burlan de tí: Duermes han dicho, ¿quién subirá ahora para abatirnos? Tu orgullo á caído en el infierno; bajo tú cadáver bullen los insectos inmundos; los gusanos son tu vestidura!»

Las voces se alejaron: el frío cadáver quedó en su lecho, y los esclavos se llevaron á LEA desecha en llanto.

Pasados tres días, los funerales de Aulo Valerio fueron celebrados con toda la pompa del paganismo. El cuerpo, envuelto en aromas, fué quemado en una hoguera fuera del recinto de Roma, y las cenizas, recogidas en una urna, fueron conducidas al sepulcro de sus abuelos. Un numeroso cortejo acompañaba aquellos restos, los parientes, los amigos, los clientes, los libertos, los esclavos, todos con antorchas en la mano, escoltaron los restos de su pariente, amigo, protector y dueño, hasta la cueva cuyos nichos encerraban las cenizas de los cónsules, magistrados y matronas del mismo tronco. El lúgubre sonido de las bocinas ordenaba la marcha

del cortejo, y un amigo de Valerio pronunció un discurso que terminó con las palabras de costumbre: *¡Adio! iséate la tierra ligera!* Despues de lo cual quedó todo terminado.

LEA fué acompañada á su casa por su tutor Cornelio, que se esforzó en calmarla y consolarla: pero las escenas de los últimos días habian dejado en el espíritu de la jóven una huella tan profunda, que al fin solo pudo arrancar de ella las siguientes palabras:

—Yo no sabia que fuese tan terrible morir! Los filósofos me habian persuadido que la muerte no era mas que un tránsito á otra vida, pero he visto con mis propios ojos lo terrible de aquel combate, ¡Cuanto ha sufrido mi pobre abuelo!

Esto diciendo, LEA se estremecía; y Cornelio la miraba con compasion.

—Hija mia, díjola al fin, pues me asiste el derecho de llamarnos con este nombre; no debeis quedaros sola aquí, en esta casa en donde habeis visto morir tan de imprevisto á mi viejo amigo. Aunque soy vuestro tutor, no puedo acogeros en mi casa, porque vivo solo, en una libertad que no conviene á una doncella de vuestra edad y condicion. Despues de reflexionar sobre este punto, he hablado de él á mi hermana Cornelia, que vive en su magnífica posesion de Tibur con su hija Antonia. Allí seréis bien acogida; en mi hermana, dignísima matrona, hallaréis una protectora, y una amiga en mi sobrina. Permanecereis en su casa hasta vuestro enlace, y por mi parte administraré vuestros bienes de manera que aumente vuestra dote; en una palabra, no tendreis motivo alguno de queja contra vuestro tutor. ¿Os conviene mi proyecto?

—Estoy pronta á obedeceros, dijo LEA con sumision.

—Voy á disponer que vuestros esclavos os preparen la litera, y os escoltaré á caballo hasta Tibur.

La noche habia extendido sus sombras, y la luna reflejaba en las aguas su disco plateado, cuando LEA, cansada del viaje, quebrantada por tan repentinamente emociones, bajó en el umbral de la casa de Cornelia. Una jóven la recibió en sus brazos, diciendo con afectuoso tono:

—¡LEA VALERIA! ¡os aguardábamos! Acabais de llegar á una casa amiga.

—¡Los dioses me sean propicios! exclamó ella con voz débil; y tambien á vosotras, mis nobles huéspedes!

—Venid, dijo Antonia; os aguardan la cena, el baño, ó la cama. Estais en vuestra casa; mandad.

VI.

TÍBUR

Las primeras semanas que siguieron á la muerte de Valerio las pasó su nieta en un riguroso duelo, que existía en el fondo de su alma tanto ó mas que en sus vestidos, pues la memoria de su abuelo perennemente le recordaba rasgos de una bondad constante. Severo con todos, se habia mostrado siempre indulgente con su infancia y su debilidad, y el retiro absoluto á que la habia reducido, nunca le habia sido penoso: el estudio, los placeres inocentes, los trabajos faciles, le habian hecho amable la soledad; y por esto lloraba amargamente la serenidad de aquellos dias, y la pérdida de aquel anciano, único pariente que habia conocido, y cuya muerte la dejaba sola en el mundo. Poco á poco, el tiempo y la amistad que le manifestaba Antonia hicieron su obra; LEA fué distrayendose poco á poco, dió entrada al consuelo, y al fin se serenó del todo su imaginación anublada por los mas tristes pensamientos.

Antonia, á quien un poeta hubiera comparado con la riente Talia, era muy jovial y graciosa; LEA, grave y algo pensativa, mas semejante á la severa Polimnia, en nada se le asemejaba, y sin embargo las dos se amaban, buscandose sin cesar, y recíprocamente procuraban estudiarse y comprenderse. Antonia sobre todo no se cansaba de preguntar á su compañera, cuyo candor, talento é inocencia no sabia explicarse.

—¿Quién te ha instruido de este modo, querida-LEA? le preguntó un dia.

Estaban sentadas cerca de una cascada que saltando entre las peñas salpicaba con su espuma los piés de las dos jóvenes; y LEA, llena de entusiasmo ante aquel hermoso espectáculo acababa de recitar una estrofa de Horacio.

—Veo que conoces los versos de todos los poetas, los escritos de todos los prositas, los acontecimientos de todos los consulados; por mi parte solo sé que Roma fué fundada por Romulo, y que vivimos bajo Constantino, sucesor de no sé cuantos Augustos y Cesares, mas bárbaros unos que otros.

—Mi abuelo Valerio quiso que me instruyera en las letras griegas y romanas; á él debo lo poco que sé.

—¿Y cómo te ha mantenido en tan absoluto retiro? Nunca asistes á los templos, ni al anfiteatro, ni á las casas de tus amigas... ¿Una cristiana no estaría mas rigurosamente guardada!

—Y si embargo no soy cristiana.

—Así lo veo. Eres devota de los dioses como el que mas; haces ofrendas á los lares, ruegas á Minerva y á Vesta, y el otro dia hiciste inmolar víctimas á los manes de tu abuelo.

—Cumpro con mi deber, querida Antonia; ¿no haces tú otro tanto?

Antonia sacudió su negra cabellera prendida con cintillas de plata, y dijo resueltamente:

—¡No! Creo muy poco en los dioses para que les ofrezca hecatombes; ¿No es muy triste sacrificar á esos grandes dioses de bronce las pobres ovejas y los mansos bueyes?

—¿Acaso eres cristiana? exclamó LEA con una especie de terror.

—¡Yo! ¡no! voy observando; mi madre Cornelia, que es una matrona sabia y á quien respeto mucho, examina tambien: apenas cree en los dioses del Imperio, mientras profesa cierta afición á las divinidades del Oriente; su arúspice caldeo cree en los astros y en sus coyunturas felices ó funestas; rinde culto al sol, y á veces cuando despunta la aurora, la encuentro postrada aguardando que luzca el primer rayo para adorarlo. Un hermano mio tribuno de la Grecia, se dedica al estudio de la filosofía y busca una receta para ser feliz, y en España tengo otro hermano pretor, indiferente á todo, pues no es cristiano, ni servidor de Júpiter Capitolino, ni discípulo de Platon: es un pirroniano; nada mas.

—Y no te repugna el Cristianismo, que tanto horror inspiraba á los antiguos romanos?

—No, dijo Antonia; algunas de sus máximas que conozco, son hermosas; lo que sé de sus seguidores, es heroico.

Esto diciendo, tiñó sus mejillas un ligero carmin, y se puso colorada.

—¿Conoces tú á los cristianos? preguntó al fin á su amiga LEA.

—No; mi abuelo los aborrecia, y aun su imagen vino á turbar sus últimos instantes. ¿Y tú conoces á algunos, querida Cornelia?

—No es posible vivir en Roma sin conocerlos: y además ¿no cuento por amiga á la hija de nuestro Emperador, Constancia, que es cristiana como toda su familia? ¿Y cuantos otros pudiera citarte! He conocido tambien algunos mártires: Félix uno de sus obispos que murió por la espada; Gorgonio y Doroteo, que fueron arrojados al mar; Marciano, que fué cruelmente torturado, y otros, y otros...

—¿Piensas hacerte cristiana?

—¡Oh! no! la severidad de su Evangelio me espanta; fuera de que ¿soy acaso dueña de mi suerte? ¿no estoy desposada desde mi infancia

con Anicio, hijo del cónsul, amigo de mi padre? No soy libre para escoger, ni para querer...

Una nube de tristeza cubrió sus hermosas facciones; clavó sus ojos en el agua de la cascada, y señalándola con la mano exclamó:

—Ella se deleita en saltar y quiere escaparse, pero es retenida en límites inflexibles!... Así también yo!

LEA abrazó á su amiga, y le dijo con ternura:

—¡Feliz tú que te ves encadenada por los lazos tutelares de una familia, y que no eres una desgraciada huérfana sin guía ni sosten! Yo no conocí á mi madre; mi padre murió lejos de mí en la Germania; sus cenizas yacen en el destierro, y he perdido en mi abuelo á mi protector y á mi último pariente.

Callaron las dos: los ojos de LEA divagaban por aquel bello paisaje, coronado por las paredes y los pórticos de la quinta de Horacio, cuando se sorprendió al ver dilatarse sobre la roca una sombra humana que bajaba hacia ellas: pronto vieron acercarse un hombre, y si en aquel momento LEA hubiese mirado á su compañera, habría visto asomar en sus morenas facciones un ligero carmin y sus labios agitados por un temblor apenas perceptible. Aquel hombre era todavía joven, alto, fornido; su figura regular parecía de bronce animado y palpitante; vestía una túnica de lana cenicienta que dejaba descubiertos sus brazos y piernas; calzaba sandalias, y llevaba en la mano un palo encorvado. Cuando estuvo cerca de las dos jóvenes, las saludó sin levantar apenas los ojos, diciendo:

—¡El Señor sea con vosotras!

Y como siguiese adelante, Antonia le preguntó:

—¿De donde venís, Sexto?

—De vuestra posesion de Tillacum, noble señora; he hecho la cuenta de los rebaños y de la cosecha del vino y del aceite.

—¡Ah!... ¿y ahora?

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de Sexto, como si hubiese respondido á la pregunta curiosa de un niño. Y señalando con la mano un cerro que habia á la vista, dijo:

—Voy allí á orar sobre la tumba de Sinforosa y sus siete hijos.

—¡Id! dijo ella.

El joven saludó, y continuó su camino. Sin querer, Antonia le seguía con los ojos, y volviéndose á LEA, dijo:

—Ahí tienes á un cristiano.

—¿Quién es este joven?

—Es un africano natural de Cartago, liberto de mi padre y mayordomo de nuestras posesio-

nes rurales. Ha sufrido mucho por su fe, pues bajo Galerio fué arrestado y expuesto á las bestias. Aquel día el pueblo hizo una gracia á los condenados, y Sexto volvió entre nosotros. Es fiel servidor. ¿No has visto en sus piés la señal de los anillos de hierro, y en sus brazos la de las tenazas? Es que le sometieron á prueba en el potro.

—No he visto lo que dices, y sin embargo le he mirado: va vestido como un pastor de Teócrita, si bien su aspecto es mas noble.

LEA deseaba saber y comprender lo que ignoraba.

—Y ¿quién es Sinforosa? preguntó; ¿cual es su historia?

—Es la viuda de un oficial de Trajano, que fué martirizada sobre aquella colina con sus siete hijos. Como dice Sexto, aquella mujer sufrió ocho veces. ¡LEA! hay grandes almas entre los cristianos!

Y LEA meditabunda se preguntaba en su interior:

—¿Por qué, pues, mi abuelo les aborrecía?

(Continuad.)

MATILDE BOURDON.

BALADA.

—¿Adonde vá la niña
tan triste y sola,
Y cuando aun no ha nacido
la blanca aurora?
Triste y llorando...
¿donde la pobre niña
vá tan temprano?
—Aunque la luz no asoma
de la alborada,
me despertó el sonido
de la campana,
que, allá en la ermita
con divino consuelo
tierna nos brinda.
Y es la voz poderosa
de Aquel que solo
puede volver al pecho
dulce reposo,
y dar la calma
á las que hemos perdido
la paz del alma

R. A. y G.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Vaya! pues no sabía yo que cuando nosotros solos pagabamos lo que hacíamos, sin causar daño á nadie, era mal hecho tambien, exclamó el jardinero con aire un tanto incrédulo y preocupado.

—Pues si lo és, amigo José, si lo es! El suicida no daña á nadie, no atenta contra nadie al poner fin á su vida, y sin embargo ya sabe V. que es la única culpa para la cual, y salvo los misterios de la misericordia de Dios, no hay perdón posible.

—Ahora que hablamos de eso, señora, murmuró Julian. ¿No hay en la vida circunstancias que pueden disculpar el suicidio? ¿no hay situaciones que le puedan justificar?

—Oh! no: se apresuró á decir la Marquesa: nada hay que amenore la culpa de poner en duda la clemencia de Dios! Judas, el falso Apóstol, el que vendió miserablemente á su Señor por treinta monedas, ¿creeis que perdió su alma, por su falsía, por su ingratitud, ó por su avaricia? no, hijos míos; todas esas faltas las han cometido grandes pecadores que despues han sido perdonados y salvos. La perdió porque dudó de la clemencia de Dios, porque su muerte fué una negacion de la piedad de Aquel que solo habia venido á la tierra á borrar culpas y á redimir pecadores!

—¿Con que si Judas se hubiera arrepentido..., preguntó tímidamente Anita, apesar de ser tan malo le hubiera perdonado el Señor?

—Sí, hija mia, porque no hay falta ni crimen por grande que sea, que no quede borrada con un instante de verdadera contriccion. Ninguno que crea, ninguno que espere, atentaré jamás á su vida, porque el suicidio tiene su origen en el ateismo y la impiedad. Mirad, si nó, donde es mas frecuente y donde se lleva á cabo por la causa mas pueril: en Inglaterra. Un hijo de la nebulosa Albion, se cansa de la vida, siente en su corazon esa enfermedad moral que denominan con el nombre *esplen*, y sin temer ni esperar nada, aplica á su sien el cañon de una pistola y todo queda terminado.

Ay! nuestra santa religion, que tiene consuelo para todos los dolores, es el antidoto mas eficaz contra el suicidio, porque, como acabo de decir, el que espera que sus pesares tengan término, el que sabe que el ángel de la guarda vá contando sus lágrimas para transformarlas luego en diamantes para su corona, y en hojas para su palma, llora y sufre, levantando al cielo sus ojos y elevando su esperanza allí! pero jamás atenta á su vida!

Todos escuchaban á la anciana con profundo recogimiento, y si nos hubiera sido dado penetrar con una mirada en el fondo de sus corazones, quizá en todos, hasta en los de aquellos niños inocentes, hubiera podido sorprenderse un vago y misterioso deseo de sufrir algo para tener una flor, una gota de llanto que ofrecer á las plantas de Dios.

La anciana Marquesa, despues de un momento de pausa sonrió bondadosamente y murmuró con cariñoso acento.

—Veo que me he separado algo del asunto de que queria hablaros, ó á lo menos, que os lo he presentado de un modo distinto del que me habia propuesto: en-

mendaré pues el error, y colocaremos la cuestion en otro terreno mas comun, mas familiar por decirlo así, y mas á vuestra vista, puesto que se relaciona con nuestras costumbres y nuestras acciones diarias. V. Maria, V. que como nodriza se ha encargado de dar parte de su propia vida á mi pequeño nieto, oígame V. bien, y con V. todas las madres, en cuyo seno toma vida la débil niñez.

Maria fijó en la anciana sus miradas con cierta expresion de estrañeza y preguntándose á si misma, que tenia que ver el amamantar á un niño con el precepto de *no matar*.

Los demás tambien participaban algo de esta idea, así és, que guardaron el mayor silencio, para no perder una sola frase de las que su señora iba á pronunciar.

Esta dijo así:

—¿Cuántas criaturas no pierden la vida ó se crían raquíticas y deformes por un descuido, por una imprudencia de las encargadas de lactarles! ¿Cuántas madres ¡ay! por no marchitar su juventud, por no ajar su belleza, entregan á manos mercenarias los hijos de sus entrañas, sin pensar que el interés no puede reemplazar jamás á el amor, y que si ellas encuentran enojoso y molesto el cuidado que necesitan prodigarles, ¿cuanto mas lo hallarán aquellas que no les dieron la existencia?

Dios á puesto en el seno de cada mujer las fuentes de la vida de los hijos de sus amores, y rara vez una nodriza puede sustituir sin desventaja á la madre verdadera, cuya naturaleza y cuyas condiciones están mas en armonía con la naturaleza, y con las condiciones del pequeño ser nacido de sus entrañas. Y, decidme, amigos míos, si por no perder la comodidad, las diversiones, la frescura, deja de cumplir una mujer el santo deber de criar á sus hijos, si estos hijos enferman ó mueren, porque la madre comprada que les dieron no era adecuada á su naturaleza ó á sus necesidades, ¿Quién será responsable de la muerte de aquella criatura? ¿Creeis que su propia madre no ha faltado á las misteriosas y sublimes leyes que se agitaron en la mente de Dios al dictar al hombre el quinto mandamiento? Y la mujer que por necesidad ó interés vende su propia sangre, pone un precio á sus cuidados, se constituye en madre de un niño á quien los padres confían, por razones justas á veces, ¿pensáis que no contrae una gravísima responsabilidad si no cumple exactamente los deberes que se ha impuesto? Nuestra vida es muy frágil, muy delicada en los primeros días y en los primeros meses. Un descuido, una omision puede matar á un niño sin que se comprenda la causa, y cuando esta á sido una falta nuestra, sobre nosotras debe caer necesariamente el remordimiento de aquella muerte! Mil veces una nodriza conoce que el niño enferma en sus manos, ya porque el alimento que ella le presta en su seno es poco, ó nocivo, ya por otras mil razones que me es difícil explicar; y sin embargo, por no perder el salario que recibe, por no privarse de los beneficios que obtiene, disimula y sigue adelante, acallando los lloros del niño por cien medios perjudiciales todos y contrarios á su desarrollo y aun á su vida.

(Se continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.